

la a p a l i c a c i o n e s

RESEÑAS

Miguel León-Portilla y Earl Shorris.
*Antigua y Nueva Palabra, una antología de la literatura
mesoamericana, desde los tiempos precolombinos hasta el presente.*
México: Santillana, 2004, 929 pp.

Camilo Vargas Pardo
Pontificia Universidad Javeriana

Flores y cantos, una vez más

El difícil y restringido acceso a la comprensión de las culturas indígenas mesoamericanas va ampliando su portal en la medida que su valor es cada vez más reconocido por la cultura occidental. Así, el arduo y monumental trabajo realizado por el mexicano Miguel León-Portilla, Earl Shorris y sus colaboradores significa la posibilidad de contemplar, aunque sea detenida en el espacio atemporal de las páginas, una pequeña pero significativa muestra de aquellos sueños, visiones y realidades de culturas fundadas mucho antes de que el castellano y el alfabeto llegaran a América, y que en pleno siglo XXI siguen aportando nuevos elementos para la comprensión de ese diverso entramado de creencias, conocimientos y costumbres que caracterizan a los habitantes de este continente.

Esta antología, cuya extensión deja sospechar el fervor con que los compiladores hicieron la selección de los textos, pretende establecerse primordialmente como un texto de valor eminentemente literario, es decir, es proyectado en primera instancia a cumplir una función de deleite en cualquier lector. El prólogo escrito por Earl Shorris, titulado "Sobre los placeres de un aficionado", deja ver esta intención al considerar las diferencias entre la lectura de un "aficionado" y la de un "profesional", entre las que se destaca el goce del arte literario que el aficionado puede tener de un texto traducido por un investigador, en contraposición a la queja que el profesional puede hacer a propósito de la misma. La interpretación que aquí hacemos de esto no es que

la concepción literaria de *Antigua y Nueva Palabra* impida aproximaciones distintas a las del goce estético; más bien que, por ejemplo en el campo académico, las expresiones indígenas deben ser estudiadas no solo desde perspectivas arqueológicas, antropológicas o lingüísticas, sino que, teniendo en cuenta el valor literario que las inviste, deben ser estudiadas también desde la perspectiva de los estudios literarios.

De manera que, en el contexto del desarrollo de los estudios literarios en Colombia, la importancia de esta antología no radica solamente en el rescate y difusión de expresiones literarias de diferentes culturas indígenas mesoamericanas, tanto antiguas como contemporáneas, como la maya, azteca, mixteca, mazateca, zapoteca, chinteca, mixe, otomí, mazahua, purépecha y tlapaneca, que nos aproxima a su pensamiento abriendo posibilidades y retos investigativos, sino también en el aporte de una concepción de las expresiones indígenas que nos compromete a indagar sobre el conocimiento, tanto de las culturas de los pueblos indígenas ubicados en la geografía colombiana, que de alguna forma han mantenido sus tradiciones, como de esas culturas aborígenes cuyo rastro ha quedado perdido entre los dichos y las costumbres de nuestra cultura popular.

El trabajo de Miguel León-Portilla, así como el de otros investigadores, significa un importante avance en el proceso de vindicación del término “Literaturas indígenas”, al respecto del cual hay posiciones tan apasionadas como escépticas. Lo cierto es que gracias a este trabajo la discusión sobre el valor literario de las expresiones indígenas queda superado, pues se entiende que para su lectura ha sido necesaria una decodificación de sistemas sígnicos diferentes a la que usualmente se hace del castellano gracias al alfabeto, en la cual se reconoce la oralidad, las inscripciones de diversa índole y los dibujos como herramientas expresivas que tienen su equivalente en nuestra escritura: “Podemos acercarnos a esa literatura a través de las inscripciones mayas en piedra, las pinturas murales, la cerámica y otros objetos. Y en el proceso de desciframiento no son solamente las inscripciones las que transmiten expresiones literarias; las imágenes por sí mismas también transmiten ideas y palabras” (13).

Y es que la importancia del reconocimiento del valor literario de estas expresiones tiene que ver más con el papel definitivo que juega la comprensión de su sustrato simbólico, con la difusión del conocimiento a través de imaginarios que solo pueden ser abordados desde el lenguaje literario y con la importancia de la reconstrucción histórica a partir de discursos no hegemónicos, que adquieren suma importancia para una cultura que no deja de buscar su identidad; es decir, tal importancia se orienta menos al capricho de unos cuantos apasionados por el tema y más al mantenimiento y recuperación de una noción cultural que se transforma en procesos de resistencia de culturas minoritarias frente a “tendencias culturales globalizantes inducidas por poderes hegemónicos –Estados-nación y corporaciones transnacionales– [que] tienden a homogeneizar las cosmovisiones, creencias y valores morales” (20). Entonces, las expresiones indígenas antiguas y actuales dejan de ser objeto de estudio eminentemente arqueológico o “meros `materiales etnográficos´ obtenidos de los informantes

indígenas” (19), para ser consideradas, en estricto sentido, creaciones literarias a partir de las cuales se mantiene viva una cultura.

Es imprescindible destacar que lo más novedoso de esta antología es la inclusión que se hace de las expresiones indígenas contemporáneas denominadas como la Nueva Palabra, expresiones que abordan gran variedad de géneros literarios, como la poesía, la narrativa, el ensayo y la fábula, ya bien conocidas en la cultura occidental gracias a escritores nahuas como Luz Jiménez, Libardo Silva Galeana, Natalio Hernández Xocoyotzin, Alfredo Ramírez, José Antonio Xochime; o a escritores mayas como Humberto Ak’abal, Briceida Cuebas Cob, Miguel May May, entre otros; y tal importancia radica en que al ser incluidas en una antología junto a cantos sagrados de la antigüedad y otras expresiones, como el *Popol Vuh* o el *Rabinal Achí*, se establece un criterio de selección que señala el transcurso de una tradición literaria, superando así la discusión sobre la verdadera y genuina expresión indígena: “A pesar de muchos altibajos, la literatura mesoamericana no solo ha sobrevivido por más de dos mil años, sino que ahora reverdece de nuevo, mereciendo una antología como esta, la primera que considera la producción completa como una sola y continua literatura” (20).

El epígrafe que introduce al lector al recorrido del texto: “Con flores y cantos / doy vida al nuevo sol / Con flores y cantos / saludo al amanecer”, permite pasar a esa esfera un tanto hermética para la lógica occidental en la que la palabra funda e infunde vida al cosmos que es leído e interpretado; entonces el saludo al sol de la mañana está ligado a la celebración de la palabra gracias a la cual el astro se renueva, y en ese sentido la selección de esos versos como epígrafe de la antología puede interpretarse como la señal de que así como el sol no ha dejado de salir, la celebración de la palabra indígena no ha dejado de ser proferida ni un solo día.

Pasemos entonces a comentar la estructura de la antología, pues a través de ella se puede argumentar la interpretación del epígrafe dada anteriormente. La antología, aparte del Prólogo, escrito por Earl Shorris; los Agradecimientos; la Introducción general, escrita por Miguel León-Portilla (ubicados estos al principio del texto); el Glosario de nombres, términos y conceptos y el Ensayo bibliográfico, escrito por Ascensión Hernández de León-Portilla (ubicados estos al final del texto), se compone de tres partes fundamentales: la primera aborda la “literatura nahua”; la segunda, “la literatura maya”; y la tercera hace referencia a “otras literaturas mesoamericanas”.

La primera y la segunda parte se presentan bajo dos criterios: el cronológico y según los géneros literarios; de manera que en la parte de literatura nahua se pueden distinguir expresiones de la tradición prehispánica, del período colonial, del período independiente de México y contemporáneas; del mismo modo, en la parte de la literatura maya, la primeras secciones se ubican en un pasado remoto y las últimas en la contemporaneidad. Sobre los géneros literarios, en la primera parte encontramos diez secciones que nos dan una clara idea de la clasificación de los géneros literarios nahuas: 1. Cantos y poemas; 2. Narrativa Sagrada; 3. Himnos sagrados, oraciones y ceremonias; 4. *Huehuehtlahtolli* (discurso de los ancianos); 5. Metáforas, proverbios

y adivinanzas; 6. Narraciones históricas; 7. Narraciones nahuas de la época colonial; 8. Literatura de temas cristianos; 9. Literatura colonial de la vida cotidiana; y 10. Literatura nahua contemporánea.

En cuanto a la segunda parte, se enunciarán los ocho componentes, para dar una idea de los dos criterios de selección y ordenación nombrados anteriormente: 1. Narrativa sagrada. El *Popol Vuh*; 2. Literatura dramática. *El Rabinal Achí*; 3. Obras históricas y proféticas; 4. Cantos y encantamientos; 5. Proverbios, acertijos y creencias mayas; 6. Mitos, leyendas y poemas contemporáneos; 7. Narraciones históricas; y 8. Historias, fábulas y poemas modernos. La tercera parte aborda expresiones de otras nueve culturas mesoamericanas, a partir de las cuales se conforman sus diferentes secciones: 1. Mixteca, 2. Mazateca, 3. Zapoteca, 4. Metáforas chinotecas, 5. Mixe, 6. Otomí, 7. Mazahua, 8. Purépecha, y 9. Tlapaneca.

Finalmente, a partir de la siguiente cita del prólogo queda explícito el intento de recuperar nociones lejanas en la línea del tiempo que permiten reconstruir un legado cultural que configura una idea actual de identidad. Así, la recuperación de la historia de palabras quichés, como *Hom*, que con la invasión europea dejó de significar “cancha de juego” para significar “tumba”, permite afirmar que “Siempre, mientras haya incrédulos y lectores, Mesoamérica seguirá siendo un campo de juego, no una tumba” (Earl Shorris xxvii), a partir de lo cual se puede concluir que este prominente trabajo alrededor de concepciones indígenas, que atraviesan una historia llena de injusticias, atropellos y resistencias, contribuye a la asimilación de un territorio (escenario cultural) a partir de acontecimientos y creencias del pasado, así como de las tradiciones conservadas de distintos modos hasta hoy, para así enriquecer y nutrir esa noción nebulosa de las culturas indígenas mesoamericanas que aún participan del devenir histórico del continente. Pues bien, gracias a la resistencia de las culturas indígenas, que se negaron y se niegan a desaparecer; a los “profesionales”, por facilitarnos el acceso a ese mundo de sueños dado desde el principio de los tiempos, cuando el mito dio origen a todo, y a investigadores como Miguel León-Portilla y Earl Shorris, por trabajos como este.